

Elena Garro

# A cien años de su nacimiento

Rosa Beltrán

*En diciembre de 1916, hace un siglo, nació en la ciudad de Puebla la escritora Elena Garro. Aplaudida por su novela Los recuerdos del porvenir y por sus incursiones geniales en la dramaturgia, Garro cuenta con una obra que también destacó en el cuento y la nouvelle. Se trata de una autora que no ha sido enteramente reconocida, y en esta circunstancia mucho ha tenido que ver la azarosa biografía de una mujer que ejerció la crítica social y el activismo. Rosa Beltrán, Geney Beltrán Félix y Guillermo Vega Zaragoza ofrecen acercamientos a un continente literario aún por explorar.*

*Aquí estoy, sentado sobre esta piedra aparente. Sólo mi memoria sabe lo que encierra. La veo y me recuerdo, y como el agua va al agua, así yo, melancólico, vengo a encontrarme con mi imagen cubierta de polvo...*

El famoso inicio de *Los recuerdos del porvenir*, donde quien habla es un pueblo, o más exactamente, la memoria de ese pueblo, Ixtepec, podría personificar la voz con que la obra de Elena Garro pediría ser recordada hoy, a cien años de que nació su autora. Es increíble. Cien años del nacimiento de una de las más grandes escritoras mexicanas y muy pocos artículos, unas cuantas e insuficientes mesas dedicadas a su obra; un pequeño homenaje en Iguala. La personalidad de la propia Elena no ayudó,

es cierto. La “partícula revoltosa” fue la peor enemiga de sí misma. Con todo, no deja de llamar la atención el contraste entre los acontecimientos en torno a los cien años del nacimiento de Octavio Paz, José Revueltas y Efraín Huerta y el silencio en el caso de Garro, salvo por las (escasas) conferencias organizadas por algunas académicas.

Como afirma Judith Butler, escribir es un acto performativo. En el caso de las mujeres se escribe también y, sobre todo, con el cuerpo. A veces las mujeres no tienen más remedio que expresarse con el lenguaje corporal. El llanto, los gestos, los silencios, la risa, la desaparición. De todos es conocido que a diferencia de los escritores, las mujeres que escriben están condenadas a morir dos

veces. La primera, cuando les llega la muerte física. La segunda, cuando les llega el olvido. Para luchar contra este, hay que acudir a una memoria de Elena Garro, que no se compone de una sola imagen sino de muchas, todas contradictorias, en cuyo centro está el cuerpo. Por un lado encontramos a Elena Garro joven, delgada, bellísima, vestida con trajes de dos piezas y collares de perlas, con abrigo de piel. Aparece rodeada de campesinos. Mira con atención un documento que le extiende uno de ellos. En cambio en las fotografías, donde está ya mayor, se retrata con la misma melena corta, también con blusa de cuello y falda, el rostro con algunas manchas, fumando con sofisticación. Pero la mirada ya no es la misma. Se trata de la fotografía de alguien que ha pasado por varios infiernos.

La primera imagen corresponde a la escritora que ayuda y protege a los campesinos de Ahuatepec, de Atlixco, de Cuernavaca, que hace reportajes sobre el reparto agrario y consigue en una primera etapa que se los vea y se los escuche. Pero también, a la que aloja en su casa a líderes nefastos, según afirma Elena Poniatowska, como el líder de los copreros César del Ángel.

Antes de la segunda toma, la de la vejez, hay una fotografía que no aparece impresa sino en nuestro imaginario, y es la que se compone de los relatos escritos a partir del 68, cuando Garro huye del país tras denunciar con nombres y apellidos a varios escritores. Por este hecho Carlos Monsiváis la llamó “la cantante del año”. Pero también dijo que Garro era “la mejor dramaturga mexicana”. En varias ocasiones, conversamos sobre *Felipe Ángeles*, a la que Monsiváis se refería como una “obra perfecta”.

Al lado de relatos excepcionales como los de “La culpa es de los tlaxcaltecas”, y “La casa junto al río”, es inevitable que también aparezca la autora que fue esposa de Octavio Paz, con quien tuvo una hija, Helena Paz Garro, puesto que mucho del contenido de sus obras, escritas en clave, es autobiográfico. Víctima de un delirio persecutorio, yendo de un lado a otro, de un país a otro (*Andamos huyendo Lola*), pidiendo ayuda económica a fuentes públicas y privadas, rodeada de gatos a quienes ella y su hija cedían las camas para dormir en cambio en el suelo, los últimos años de Garro desde su regreso a México consisten en un esfuerzo inaudito: hallar un sentido y una imagen que concentre a todas las Elenas que existen en el imaginario de quienes asistimos a sus últimos actos públicos. Era una tarea imposible y tal vez injusta. Clarice Lispector es quien mejor resume lo absurdo del afán de querer hacer de alguien una sola cosa: “No puedo resumirme porque no se puede sumar una silla y dos manzanas. Yo soy una silla y dos manzanas”.

A mi juicio, el carácter biográfico es lo que da a la obra de Garro un nivel de intensidad peculiar que se potencia con el manejo del lenguaje y que alcanza su mejor

momento en los relatos, en *Un hogar sólido*, *Felipe Ángeles* y en *Los recuerdos del porvenir*. Esta última se estudia como la obra pionera del realismo mágico; como una novela que plasma las dos visiones de lo que nos compone a los mexicanos: la visión occidental y la cosmogonía prehispánica. Garro escribe de modo convincente otra idea del tiempo. Un tiempo cíclico, que muere y se renueva y vuelve a morir; un tiempo simultáneo, no sucesivo y un tiempo que puede detenerse: “detrás del tiempo de los relojes existe el tiempo infinito de la dicha”.

Elena Garro posee el título más bello de la literatura: *Los recuerdos del porvenir*. También el más enigmático. Hay quien ha dicho que era el nombre de una cantina. En Iguala afirman que, debajo de la casa en donde vivía, un tío suyo tenía una tienda que se llamaba El Porvenir. Lo que habría escrito Garro, al remontarse a su infancia, fueron los recuerdos cuyo título inspira esta.

Antes de Rulfo y sin que sea visible la influencia de Faulkner, Garro construye un espacio donde las piedras hablan. El personaje central es un pueblo que habla sobre la memoria de lo que ocurrió en la Guerra Cristera, que ocasionó la devastación. El tiempo en que Ixtepec estuvo tomado por generales que ocupaban sus días en ejercer el poder, lustrarse las botas y holgar en el Hotel Jardín con sus queridas. El contenido de esta obra sigue siendo incendiario para quienes viven en Iguala. El tiempo cíclico de Garro parece haberse encarnizado en volver a su peor momento en estos días.

*Los recuerdos del porvenir* fue escrita en 1953. El mito cuenta que Elena Garro, ya casada con Paz, se encontraba enferma. Algunas de sus biógrafas hablan de que se trataba de una depresión, otras que de una enfermedad que la requería permanecer en cama. Ella misma afirma en entrevistas posteriores que recibió un tratamiento de cortisona y para no aburrirse escribió *Los recuerdos del porvenir* “como un homenaje a Iguala, a su infancia y a aquellas personas a quienes tanto admiró y a las que tantas jugarretas hizo”. Después guardó la novela en un baúl. La novela fue rescatada y leída por Octavio Paz, quien la consideró “la mejor novela hispanoamericana”. La autora la envió al editor Joaquín Díez-Canedo y poco después ganó el Premio Xavier Villaurrutia.

Es imposible no pensar en su ascenso meteórico y su terrible final.

Imposible también no ver que su novela paradigmática ha cobrado hoy una actualidad espantosa. El colorario tras su lectura sigue siendo el mismo: en un lugar donde gobierne la tiranía y no haya libertad de expresión, en un territorio donde se excluya a los indígenas, nada podrá sobrevivir, ni siquiera el amor, porque en un pueblo así todo está condenado a la muerte y el fracaso. Y quien vive, como el general Francisco Rosas, embelesado con su poder, lleno de odio y de rencor es también un “fusilado de la suerte”. Es decir, un muerto en vida.